

Construcción del Otro haitiano: Apuntes sobre la ocupación estadounidense de Haití 1915-1934.

Fonseca Melody.

Cita:

Fonseca Melody (2010). *Construcción del Otro haitiano: Apuntes sobre la ocupación estadounidense de Haití 1915-1934*. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-036/361>

Construcción del Otro haitiano: Apuntes sobre la ocupación estadounidense de Haití 1915-1934¹

Melody FONSECA SANTOS

Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

Universidad Autónoma de Madrid

melody.fonseca@uam.es

Área temática: *Opinión Pública, Comunicación Política y Comportamiento Electoral*

RESUMEN

El propósito de este trabajo es promover un análisis crítico de una de las intervenciones militares estadounidenses más importantes del siglo XX en el continente americano. A través de este escrito analizaremos algunas notas de prensa y artículos académicos publicados en Estados Unidos durante el periodo de la ocupación. La perspectiva norteamericana de la ocupación será contrastada con análisis históricos posteriores partiendo de los marcos conceptuales provistos por los estudios poscoloniales y decoloniales. De esta forma proponemos traer de nuevo a escena la necesidad de repensar la historia política haitiana como una herramienta indispensable para entender el Haití actual.

Palabras claves: *Haití, Estados Unidos, ocupación militar, otredad, colonialidad*

INTRODUCCIÓN

Hace casi seis años Haití cumplió su bicentenario. La primera República Negra independiente, y pionera en América Latina, es hoy el país más pobre del hemisferio occidental tras largas y duras crisis políticas y sociales. Pocos meses atrás Haití volvió a saltar a los medios de comunicación. Esta vez por un desastre natural que tiene mucho más de social y que vino a sacar a la luz las medias verdades de la crisis que enfrenta este país desde su independencia. Al estudiar las relaciones históricas entre Haití y Estados Unidos logramos comprender que el ‘aislacionismo’ que supuestamente caracteriza a Haití no es más que una creación europea y norteamericana para justificar sus acciones en esta república independiente desde 1804². Es por esto que a la luz de la celebración de los bicentenarios de las independencias en casi toda América Latina se hace necesario un estudio interdisciplinario de Haití que partiendo desde nuevos enfoques busque analizar los distintos medios a través de los cuales se ha construido el *otro* haitiano en el imaginario social estadounidense, y que también nos lleve a reflexionar sobre cómo el resto miramos a Haití.

Por tanto, a través de este escrito propongo presentar una reflexión sobre la intervención de Estados Unidos en Haití durante el período de 1915 a 1934. Este acontecimiento histórico ha sido estudiado a profundidad por diversos historiadores, sociólogos y politólogos que han sostenido los elementos económicos, políticos y culturales que de cierta forma explican la intervención en Haití. Es imposible estudiar Haití sin que la reflexión histórica nos lleve a situarlo en un contexto colonial.

¹ Trabajo preparado para su presentación en el V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Buenos Aires, 28 al 30 de julio de 2010

² FARMER, P. 2002, pág. 83.

Durante el pasado siglo xx Haití fue intervenida militarmente por Estados Unidos en dos ocasiones. La primera fue una invasión y posterior ocupación que duró diecinueve años, y que como nos indica Suzy Castor en su emblemático libro *La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias (1915-1934)*, dejó como saldo un “cierto logro modernizador, el fortalecimiento de las estructuras de la dependencia, un reacondicionamiento de las fuerzas sociopolíticas y la implantación de un sistema bastardo de “democracia representativa” que evolucionó, bajo los efectos de la crisis económica latente, hacia el fascismo duvalierista”³.

La segunda ocasión en la que los *Marines* estadounidenses desembarcaron en Puerto Príncipe fue en septiembre de 1994. Esta vez el motivo era obligar a los miembros de la Junta Militar a que abandonasen el poder y de esta forma asegurar el retorno del presidente democráticamente electo Jean-Bertrand Aristide. Los contextos históricos y políticos de ambas intervenciones son estructuralmente distintos. Sin embargo, la lógica ‘civilizatoria’ que motivó al presidente Wilson a enviar a los *Marines* a Haití con el propósito de calmar la ‘anárquica situación’ y garantizar el pago de sus deudas con el exterior, así como controlar sus aduanas, sus puertos, y el paso libre del comercio a través del Pasaje del Viento, tiene muchas similitudes con la lógica ‘democratizadora’ del presidente Clinton y su motivación a enviar los *Marines* para garantizar el desarme de los grupos populares ‘violentos’, el empoderamiento de los militares y otras instituciones formales, el intercambio comercial con Haití⁴, entre otras cuestiones. Por un lado, Wilson buscó garantizar la ‘seguridad nacional’ a través de la protección del libre comercio y del mantenimiento del orden en la región próxima al Canal de Panamá para de esta forma evitar que la ‘fragilidad’ del estado haitiano provocara una nueva presencia europea en la zona. Por su parte, Clinton veía en la crisis política de Haití la amenaza a una oleada de *balseros* haitianos que pudiera despertar el rechazo racista en Estados Unidos y crear tensiones entre la opinión pública estadounidense.

En ambas circunstancias, Haití y los haitianos, representaron esa *otredad*, esa contradicción entre *el rechazo* y *el deseo*, entre el conocimiento de los haitianos a través de los estereotipos y el absoluto desconocimiento de su ‘barbarie’ por ser ‘única de las razas negras’. En ambos contextos la colonización/neo-colonización es ‘inevitable’, pues esa construcción del *otro* haitiano como adúlador de la anarquía y de la violencia que es supuestamente parte de su ‘cultura’ llevó –y sigue llevando– a la justificación de la acción civilizatoria/democratizadora por parte de Estados Unidos en Haití. En palabras de Michael Dash: “... Haití surge como un símbolo inagotable, diseñado para satisfacer las necesidades materiales, así como las psicológicas. Las imágenes de misterio, la decadencia, el romance y la aventura no son arbitrarias [...], sino que constituyen un código especial, un sistema de valores contrarios que establece distinciones radicales, que son imposibles de erradicar entre el Sujeto y el Otro, Occidente y Oriente, los Estados Unidos y Haití”⁵.

Si bien es cierto que la situación en Haití fue muy similar a la de otros países latinoamericanos afectados también por la Doctrina Monroe, por la política de buena vecindad, por las intervenciones directas e indirectas al amparo de la guerra Fría, por las políticas democratizadoras/neo-liberalizadoras de la década de los noventa, y así sucesivamente, existen ciertas diferencias cruciales que nos llevan a prestar mayor atención a la política exterior de Estados Unidos hacia Haití. Como nos dice Paul Farmer: “La realidad de Haití es la realidad de América Latina en su versión más

³ CASTOR, S. 1971, pág. 199.

⁴ CHOMSKY, N. citado en FARMER, P. 2002, pág. 60.

⁵ DASH, M. 1997, pp. 1-2.

espantosa”⁶. Merece la pena presentar esta cita de Robert M. Spector (1985) en el prefacio de su libro *W. Cameron Forbes and the Hoover Commissions to Haiti (1930)*, en el cual plantea claramente la lógica de la intervención estadounidense en Haití: “La intervención de Estados Unidos en Haití, de todas formas, se diferencia de las otras. Los Estados Unidos fueron a Haití no sólo a estabilizar la política del país, velar por los intereses estadounidenses y prevenir la interferencia europea, sino también a enseñarle a los haitianos la democracia anglosajona. Fue el experimento filipino aplicado en el Caribe”. Por otra parte, es importante evitar la generalización de los procesos históricos que determinan las relaciones de poder entre Estados Unidos y los países del Sur. Aunque la lógica de poder/dominación sea similar en Haití y Guatemala, por ejemplo, los procesos internos de cada país ameritan una atención particular que tome en cuenta las características propias de los elementos sub-alternos en cada caso de estudio.

Más allá de la lógica expansionista estadounidense se encuentra un discurso civilizatorio plagado de estereotipos racistas y conceptos que pretenden justificar la acción militar en la isla. Por esta razón entiendo que es sumamente importante presentar, en primer lugar, un resumen de los diversos discursos a través de los cuales se puede entender la política estadounidense hacia Haití. Partiendo de los discursos anti-colonialistas de Aimé Césaire, algunos apuntes del pensamiento *poscolonial* de Edward Said, el discurso colonial de Homi Bhabha en *El lugar de la cultura*, para finalmente centrarme en la propuesta *decolonial* de Aníbal Quijano, Walter Dignolo, Ramón Grosfoguel y Nelson Maldonado-Torres. En segundo lugar, presentaré un resumen de los diversos análisis acerca de la intervención poniendo a debatir las diferentes percepciones de la misma. Desde la versión dada entonces por ciertos medios de comunicación en Estados Unidos, así como algunos artículos publicados durante la ocupación en revistas académicas estadounidenses; hasta esa *otra* versión de la ocupación utilizando el análisis que hiciera posteriormente la historiadora haitiana Suzy Castor, el sociólogo haitiano Jean Casimir y el antropólogo y médico estadounidense Paul Farmer, así como el análisis de otros textos publicados desde revistas académicas afroamericanas, entre otros.

BREVES APUNTES SOBRE LOS DISCURSOS COLONIALES

En las fechas cercanas a la invasión estadounidense los medios de comunicación fueron allanando el terreno de la opinión pública divulgando artículos periodísticos en los que se afirmaba la situación ‘anárquica’ por la que pasaba el pueblo haitiano. En estos artículos se enfatizaba la necesidad de una intervención estadounidense por el bien de los intereses nacionales. Se plasmaba la imagen de un Haití cercano y lejano a la vez, aislado del comercio mundial y proclive a la extinción de los pocos remanentes que la civilización francesa pudo dejar allí, es decir, un Haití colapsado al que le urgía civilizarse para no desaparecer. En este contexto la creación del *otro* haitiano sirve de herramienta fundamental en el desarrollo del discurso ideológico que sostiene la ocupación. Hay, por supuesto, lógicas económicas, sin embargo esto no puede desvirtuar la importancia que tiene esa *racialización* del haitiano para justificar las prácticas más violentas de esta re-colonización de Haití. Por tanto, para este escrito presentaremos algunas de las aportaciones teóricas más relevantes de los pensadores coloniales, poscoloniales y decoloniales, para de esta forma analizar la ocupación a través de los marcos conceptuales que estas corrientes de pensamiento –vinculadas pero diferenciadas entre sí– nos proveen.

⁶ FARMER, P. 2002, pág. 60.

En *Discurso sobre el colonialismo* Aimé Césaire plantea la colonización desde la descripción del colonizador. Esta estrategia resulta muy interesante si tenemos en cuenta la necesidad de una mirada del proyecto colonial que parta de la primera fase que es la deshumanización del colonizador. Nos dice Césaire: “Habría que estudiar en primer lugar cómo la colonización trabaja para *descivilizar* al colonizador, para *embrutecerlo* [...], para degradarlo, para despertar sus recónditos instintos en pos de la codicia, la violencia, el odio racial, el relativismo moral...”⁷ Al describir al *ser* colonizador Césaire desarrolla toda una analogía entre el nazismo en Europa y el colonialismo en el ‘tercer mundo’ sosteniendo las similitudes entre el planteamiento humanista y el discurso de Hitler. Basándose en algunas citas de Renan, por ejemplo, Césaire pretende que veamos la lógica colonial y la contradicción moral de los europeos en cuanto al nazismo al reaccionar con horror a la violencia nazi. Sostiene que “en el fondo lo que (Europa) no le perdona a Hitler no es el *crimen* en sí, *el crimen contra el hombre*, no es la *humillación del hombre en sí*, sino el crimen contra el hombre blanco, es la humillación del hombre blanco, y haber aplicado en Europa procedimientos colonialistas que hasta ahora sólo concernían a los árabes de Argelia, a los coolies de la India y a los negros de África”⁸. Luego pasa Césaire al discurso colonial impregnado en las ciencias sociales y la literatura. Con este breve repaso su propósito es visibilizar la racialización del entendimiento del *otro* partiendo de diversos racismos como el racismo biológico, el racismo geográfico y el racismo cultural.

Para efectos de este trabajo resulta interesante fijarnos en los discursos racistas biológicos y racistas culturales ya que son éstos los predominantes en el contexto de la ocupación estadounidense de Haití. También es necesario observar el discurso vinculado a “la pesada carga del hombre blanco” el cual ilustra hasta cierto punto la lógica intervencionista en Haití y provee los argumentos para la justificación de la prolongada ocupación. Césaire recoge esto en su cita a Caillois:

“...un ciego, un mutilado, un enfermo, un idiota, un ignorante, un pobre (no se podría ser más considerado con los no occidentales) no son respectivamente iguales, en el sentido material del término, a un hombre fuerte, clarividente, completo, saludable, inteligente, cultivado o rico. Éste tiene mayores capacidades que, por lo demás, no le otorgan más derechos sino únicamente más deberes [...] Igualmente, en la actualidad existen diferencias de nivel, de potencia y de valor entre las diferentes culturas, ya sean causas biológicas o históricas [...] Les confieren sobre todo [al hombre blanco] cargas suplementarias y una responsabilidad acrecentada”⁹.

Por último, es importante destacar del pensamiento de Césaire en *Discurso sobre el colonialismo* los argumentos donde presenta la capacidad del hombre occidental de infantilizar al sujeto colonial. Esto es sumamente relevante para entender la estrategia militar estadounidense en Haití y la formación militar de la gendarmería. Suzy Castor sostiene que a diferencia de otros países ocupados en la época, en Haití fue donde único se procuró crear y ‘capacitar’ una policía-militar pagada con presupuesto haitiano pero bajo las órdenes del jefe de la ocupación y que se encargaría de proteger los intereses extranjeros en Haití, reprimir a los opositores, además de considerarse protectores de la ley, el orden y la ‘moral’ de los ‘buenos’ ciudadanos¹⁰. Entendiendo por ‘malechores’ a quienes, a diferencia del hombre blanco, no sufren la <<protesta viril>>¹¹ que les llevaría a romper con la necesidad de una figura “paterna” de la cual depender.

⁷ CÉSAIRE, A. 2009. pág. 15.

⁸ *Íbidem*.

⁹ *Íbidem*, pág.40.

¹⁰ *Op. Cit.*, pág. 56.

¹¹ *Op. Cit.*, pág. 31.

Aunque desde 1950 Césaire había plasmado en *Discurso sobre el colonialismo* la mirada *otra* a la ideología colonial y había introducido cuestiones que hoy día podemos entender como la colonialidad del poder y del saber, su obra no se dio a conocer hasta mucho después. A pesar de las críticas hechas por Césaire a la modernidad europea, a día de hoy son las críticas posmodernas las entendidas como el canon y el referente del pensamiento crítico occidental.

No fue hasta que en 1978 Edward Said publica *Orientalismo*, la obra que “inauguró el campo poscolonial”¹², que se introduce con fuerza el pensamiento crítico *otro* en las ciencias sociales, literatura, estudios de área, entre otros. De la obra de Said podemos destacar un sin número de cuestiones fundamentales para el análisis de las relaciones de poder entre Estados Unidos y Haití. No obstante, para efectos de este trabajo, enfatizaremos en la aportación que hiciera Said en *Orientalismo* acerca de la dicotomía occidente/oriente. Es importante señalar que esta dicotomía fue muy influenciada por la propuesta de Frantz Fanon sobre la dicotomía colonizador/colonizado. Las aportaciones de Fanon las veremos en la segunda parte de este trabajo cuando analizaremos los movimientos de resistencia haitiana a la ocupación. Continuando con Said, decimos entonces que para él la dicotomía occidente/oriente significaba lo siguiente: “el orientalismo era, en un última instancia, una visión política de la realidad cuya estructura acentuaba la diferencia entre lo familiar (Europa, Occidente, <<nosotros>>) y lo extraño (Oriente, el Este, <<ellos>>)”¹³. Sin embargo, esta dicotomía iba más allá, pues no se trataba únicamente de que Occidente pudiera definir el *nosotros* y *ellos*, sino que también eran los occidentales quienes tenían el privilegio de “relacionarse con el otro [...] porque la suya era una cultura más fuerte; él podía penetrar, abarcar, dar forma y significado al gran misterio asiático...”¹⁴ Tanto en *Orientalismo* como en *Cultura e Imperialismo*, Said desarrolla una serie de análisis sobre la imaginación y construcción del *otro* como medio y fin del colonialismo. A través del análisis de la ocupación estadounidense en Haití utilizaremos algunos de estos elementos que nos sirven para identificar la influencia del discurso colonial en ciertos momentos claves de la ocupación y cómo desde la propuesta poscolonial –aunque con ciertas limitaciones– se puede reflexionar al respecto.

Las aportaciones al discurso colonial de Homi Bhabha son también fundamentales para la reflexión sobre la lógica de la intervención estadounidense en Haití. Bhabha también enfatiza en la relevancia que tiene esa construcción del *otro* para fortalecer los discursos racistas que justificaron la intervención. Nos dice: “El objetivo del discurso colonial es construir al colonizado como una población de tipos degenerados sobre la base del origen racial, de modo de justificar la conquista y establecer sistemas de administración e instrucción.”¹⁵ También en su libro *El lugar de la cultura*, Homi Bhabha nos habla de la importancia del estereotipo como herramienta para construir el discurso colonial. Bhabha sostiene que el estereotipo “es una forma de conocimiento e identificación que vacila entre lo que siempre está “en su lugar”, ya conocido, y algo que debe ser repetido ansiosamente... como si la esencial duplicidad del asiático y la bestial licencia sexual del africano que no necesitan pruebas, nunca pudieran ser probadas en el discurso.”¹⁶ Precisamente, y como veremos en el análisis de los escritos académicos y periodísticos estadounidenses, la creación de estereotipos en

¹² BHABHA, H. Citado en OMAR, S. 2008, pág. 115.

¹³ SAID, E. 2008, pág. 73.

¹⁴ *Íbidem*

¹⁵ BHABHA, H. 2002, pp. 95-96.

¹⁶ *Íbidem*, pág. 91.

torno al haitiano, al negro y al vudú, son cruciales para entender esa lejanía y a la vez cercanía con la que el hombre blanco estadounidense ‘entiende’ al haitiano.

Al pensar en las invasiones de 1915 y de 1994, y leer tanto artículos académicos como notas de prensa publicadas en los diarios más importantes en Estados Unidos, podemos observar una serie de escritos que pretenden resumir en un primer párrafo la historia haitiana en su totalidad¹⁷. A modo de ‘informar’ brevemente promueven la reutilización de estereotipos que van desde su ‘incapacidad’ para organizarse políticamente debido a sus prácticas culturales no democráticas, su ‘fracaso’ para desarrollar una economía de mercado por falta de visión de progreso, su ‘afición’ por la superstición y las prácticas espirituales paganas, hasta incluso, su ‘terrible sexualidad’ que ha promovido el fácil esparcimiento del virus del VIH en todo el país. En la segunda parte de este escrito presentaremos una serie de textos que nos ayudarán a identificar los estereotipos a través de los cuales se ha construido y se sigue construyendo al *otro* haitiano en el imaginario social estadounidense.

Como hemos visto hasta ahora con este breve resumen de algunos de los pensadores coloniales y poscoloniales más importantes, existen elementos comunes en sus aportaciones que nos sirven para establecer un marco conceptual desde el cual analizar las lógicas de la ocupación estadounidense de Haití, o al menos, una de las lógicas más importantes: la lógica civilizatoria. A continuación, presentaré las aportaciones decoloniales más relevantes y que nos servirán también para la parte dedicada al análisis *otro* de la ocupación.

A partir de la obra de Edward Said y lo que su propuesta significó para el debate académico en los mayores centros de conocimiento/poder, surgieron una serie de críticas a los planteamientos poscoloniales, que van desde la invisibilización de la resistencia tanto cultural como política de los pueblos colonizados, hasta la utilización de categorías de análisis que no abarcan las complejas y transversales variables que influyen en la construcción del *ser* colonizado. A pesar de lo interesante de este debate teórico –que más que destruir las grandes aportaciones poscoloniales busca el refuerzo y la recreación de nuevas categorías planteadas no para la *otredad*, sino, desde la *otredad*– para efectos de este trabajo nos centraremos más bien en tomar algunas de las aportaciones novedosas del pensamiento decolonial y añadirlas al marco conceptual que utilizaremos en este escrito.

En ese sentido utilizaremos la definición del concepto *colonialidad del ser* desarrollado en la actualidad por Nelson Maldonado-Torres¹⁸ (2006, 2007, 2009) dentro del marco del proyecto Modernidad/Colonialidad, el cual comenzó a ser ideado por Aníbal Quijano (1991, 2000) y posteriormente desarrollado por Walter Dignolo (2003) y Ramón Grosfoguel (2006, 2007, 2008, 2009), entre otros. El pensamiento decolonial propone tres cuestiones fundamentales: En primer lugar, expandir la genealogía del ‘encuentro colonial’ al periodo que surge después de 1492 y no limitarse al estudio del colonialismo partiendo de la colonización británica de la India. En segundo lugar, vincular la modernidad en Europa con el proyecto colonial en las colonias de tal modo que el colonialismo sea estudiado como parte esencial de la modernidad europea, no sólo como forjador de la economía de mercado, sino también como forjador de la idea

¹⁷ Véase: “Haiti Fears Our Intentions”, en el *Washington Post*, 25 de agosto de 1898; “Republic’s Duty in Haiti”, en el *Washington Post*, 15 de septiembre de 1902.

¹⁸ Nelson Maldonado-Torres explica que a quien primero escuchó hablar de este concepto fue a Walter Dignolo (2000) y que sus estudios le han llevado a situar el origen filosófico del mismo en los trabajos de Emmanuel Levinas y también en Enrique Dussel y Juan Carlos Scannone. Para efectos de este escrito nos centraremos únicamente en la recopilación y actualización realizada por Maldonado-Torres. Véase su capítulo “Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto”. En CASTRO-GÓMEZ, S. & R. GROSGOUEL, (eds.) 2007.

de modernidad en contraposición al *otro* colonizado. Es decir, ver en el reconocimiento de la Europa moderna la contraposición del mundo no occidental/no moderno. En tercer lugar, decolonizar el privilegio epistémico del que han gozado los intelectuales hombres/europeos para fomentar el estudio de pensamientos y conocimientos *otros*. En este caso se entiende que la colonialidad no ha sido diseñada como jerárquica, sino más bien, como una heterarquía de poder en la cual las variables que categorizan al *ser* y al *no ser* están vinculadas de manera compleja (Grosfoguel 2007). Por tanto, se hace necesario trascender de lo cultural a lo epistémico para romper con el pensamiento único euro/norteamericano y así decolonizar el conocimiento en las ciencias sociales.

Según Nelson Maldonado-Torres la *colonialidad del ser* “se refiere [...] a la experiencia vivida de la colonización y su impacto en el lenguaje, [y] el surgimiento del concepto [...] responde, pues, a la necesidad de aclarar la pregunta sobre los efectos de la colonialidad en la experiencia vivida, y no sólo en la mente de sujetos subalternos”¹⁹. La importancia que tiene desarrollar el concepto de *colonialidad del ser* queda plasmada en esta cita de Walter Mignolo:

“La ciencia (conocimiento y sabiduría) no puede separarse del lenguaje; los lenguajes no son sólo fenómenos ‘culturales’ en los que la gente encuentra su ‘identidad’; estos son también el lugar donde el conocimiento está inscrito. Y si los lenguajes no son cosas que los seres humanos tienen, sino algo que estos son, la colonialidad del poder y del saber engendra, pues, la colonialidad del ser”²⁰.

Por tanto, la *colonialidad del ser* es una de las consecuencias producidas por el ejercicio hegemónico del poder y del saber por parte del colonizador. La *colonialidad del ser* puede ser tanto un medio como un fin para el ser colonizador. Si la pensamos como un fin logramos entender por qué la administración estadounidense en la isla se propuso implementar un proyecto de adoctrinamiento basado en los valores americanos sobre el trabajo, la vida y hasta la religión (Schmidt 1995). En ese sentido, este concepto nos será de gran utilidad al reflexionar sobre la resistencia ideológica surgida en Haití a raíz de la ocupación, así como para las reflexiones finales en las conclusiones de este trabajo con las que pretendemos dejar abiertas una serie de interrogantes respecto a la *colonialidad del ser* haitiano.

En resumen, para este trabajo partiremos del análisis de ciertas notas de prensa así como de artículos académicos desde el marco conceptual siguiente: La justificación colonial que parte del discurso de *la pesada carga del hombre blanco*; la construcción del *otro* a través del uso de *estereotipos*; la dicotomía del *ellos/nosotros* utilizada tanto por el colonizador como por el colonizado en los discursos de resistencia; y por último, *la colonialidad del ser* como fin último del colonialismo que trasciende a la ocupación militar para seguir delimitando las relaciones de poder actuales entre Estados Unidos y Haití.

TRASFONDO HISTÓRICO DE HAITÍ: DESDE UN PASADO ‘SILENCIADO’ HASTA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA ‘CULTURA OPRIMIDA’

A mediados de la década de los noventa Michel-Rolph Trouillot publicó su libro *Silencing the Past: Power and the Production of History* acerca de la historia no contada de la revolución haitiana. El título transmite a la perfección la labor a la que han asistido muchos de los ‘grandes’ historiadores universales que han marginalizado totalmente la relevancia que tuvo para la modernidad la –peyorativamente llamada– ‘revuelta de negros’. Sin embargo, para los historiadores haitianos con la revolución de

¹⁹ *Ibidem*, pág. 130.

²⁰ MIGNOLO, W. 2003, pág 669. Citando en MALDONADO-TORRES, N. 2007, pág. 130.

Saint-Domingue “se inició [...] la revolución más compleja de los tiempos modernos, que adquirió características de una guerra social de esclavos contra amos, guerra racial de negros contra blancos, una guerra entre potencias imperiales rivales, una lucha de liberación nacional. Los fundamentos ideológicos de la esclavitud, del colonialismo y del racismo son sacudidos de raíz...”²¹ Y es que la Revolución haitiana fue un suceso “inimaginable” dentro del marco conceptual del pensamiento europeo de la época²². Esta verdadera revolución, que comenzó en 1791 al autoproclamarse libres los esclavos de la mano de Toussaint Louverture y que llevó a una serie de luchas que ‘culminaron’ en 1804 con la declaración de independencia de la primera República Negra por parte de Jean Jacques Dessalines, no ha recibido la justicia que se merece en los relatos de la ‘historia’ universal.

El periodo que comprende la revolución de Haití fue crucial en el desarrollo del reciente proceso revolucionario burgués en Francia, así como su impacto en la economía del sistema-mundo de entonces y su influencia sobre el resto de independencias latinoamericanas. Cercano al periodo de la revuelta, llegaban a los puertos haitianos unos 500 barcos estadounidenses, y tantos eran los intereses que ya se tenían en Haití, que al estallar la insurrección en 1791 Estados Unidos envió 750 mil dólares para la protección de sus civiles (Farmer 2002, 76). Como nos dice Suzy Castor: “El 21 de agosto de 1791, en un hecho impensable, se proclamaron libres. Esta jornada magna, como el 14 de julio de 1789, con la toma de la Bastilla, representó una fecha en la historia de la liberación de los pueblos, constituyendo un acontecimiento que trastornará todo el sistema colonial y la estructura misma de la sociedad y de la economía”²³. La importancia de la Revolución haitiana fue tal que incluso podría considerarse como la única revolución del continente americano. Según Samir Amin: “La primera y única revolución social que conoció el continente americano, hasta tiempos muy recientes, fue la de los esclavos de Santo Domingo (Haití), que conquistaron su libertad por sí mismos”²⁴.

Debido a la necesaria brevedad del relato histórico aquí presentado, no podremos profundizar más en el periodo que siguió a la independencia. No obstante, remitiéndonos a los libros *Haití para qué* de Paul Farmer y *La cultura oprimida* de Jean Casimir, haremos algunas referencias de los infortunios sufridos en la nacida república tanto por el contexto internacional, como por las dificultades para la creación de un ‘estado-nación’ que perseguía un modelo occidental que poco tenía que ver con la realidad haitiana.

Al momento de la revolución encontramos en Haití diversos grupos políticos con intereses opuestos. A pesar de la unidad que hubo entre esclavos, libertos y cimarrones para luchar durante la revolución, una vez alcanzada la independencia la mayoría de estos grupos migraron al campo a trabajar sus propias tierras. De esta forma en las zonas más lejanas a Puerto Príncipe comenzaron a estructurar sus formas propias de organización política y a basar su economía en una de sustento. La constitución de 1804 redactada por Dessalines prohibía la tenencia de tierras a los extranjeros así como proclamaba que Haití sería refugio de esclavos e indígenas. Sin embargo, tras su asesinato, muchas cosas comenzaron a cambiar. Pronto se reintrodujo en Haití el cultivo del azúcar, ron, café y otras materias primas, estableciendo nuevamente el sistema de haciendas aunque con ‘nuevas’ relaciones de poder (Farmer 2002). De esta forma la elite haitiana continuó las relaciones comerciales con el exterior que se habían

²¹ CASTOR, S. 2003, pp. 208-209.

²² TROUILLOT, M. 1995, pág. 83.

²³ *Op. Cit.*, pág. 209.

²⁴ AMIN, S. 2009, pág. 6.

‘detenido’ durante la época de la revolución (Plummer 1984). La negativa a reconocer a Haití como estado independiente se basó, por un lado, en el miedo a que ese ‘mal ejemplo’ sentara un precedente para la revolución de los esclavos en todo el continente, esto sin olvidar que “estaba rodeada de islas controladas por negreros”²⁵. Por el otro lado, se debió a los intereses comerciales que se tenían entonces con la isla, ya que al no estar reconocida internacionalmente era más vulnerable.

Cabe destacar, que incluso sin ser reconocida por Francia, para 1824 la monarquía francesa exigía el pago en indemnizaciones por 150 millones de francos a la República haitiana y también que se redujeran a la mitad las tarifas aduaneras de los productos franceses. Al año siguiente, la elite haitiana cedió en las peticiones y en 1826 Francia reconocía la independencia de Haití. Para las mismas fechas se calcula que las importaciones a Haití de Estados Unidos llegaban al 45 por ciento de los productos, las francesas el 21 por ciento y las británicas el 30 por ciento (Farmer 2002). De igual forma para 1851, aún sin ser reconocida por Estados Unidos, la República haitiana recibía más productos estadounidenses que México.²⁶ Así continuó a lo largo del siglo el comercio haitiano con las grandes potencias, al mismo tiempo que surgían un sin número de conflictos internos, los cuales llevaron a cambios de regímenes y luchas entre las elites por el poder político y económico. Igualmente, Haití estaba inmersa en un conflicto con la República Dominicana, territorio que ocupó desde 1822 hasta 1844.

Por tanto, durante el siglo XIX Haití, al igual que el resto de islas en el Caribe, estuvo activa en el comercio mundial y sus campesinos se vieron obligados a la producción capitalista para el mercado de materias primas a través de la explotación de los terratenientes, y éstos a su vez, sometidos a las reglas impuestas por los ‘intermediarios’ que sacaban sus productos al exterior. Como sostiene Jean Casimir: “La estructura social del Caribe durante el siglo XIX representa, desde luego, la evolución de la matriz de las clases articuladas durante la época de auge de la plantación esclavista, y una adaptación de ésta a los nuevos requerimientos de la economía mundial”²⁷. El protagonismo haitiano en el Caribe y en el comercio mundial del siglo XIX nos lleva a preguntarnos si ser un estado ‘proscrito’ realmente significó el aislamiento de Haití o, como hemos visto, le hizo otro pequeño estado vulnerable a las luchas entre potencias.

Las dos últimas décadas antes de la invasión de 1915 fueron determinantes para las luchas imperialistas en el Caribe y el auge de los Estados Unidos en el continente americano. Eran tiempos en los que la revitalizada Doctrina Monroe buscaba defenderse de la acusación de imperialista (Brown 1923, 152). Se suscitaban debates en los espacios académicos sobre la incongruencia entre los valores americanos y el imperialismo, entre los intereses económicos vitales para la seguridad de la nación y las amenazas de las potencias europeas. Sin embargo, Haití seguía siendo esa “tierra rebelde” en la que -tras más de cien años de independencia- muy pocos gobiernos habían estado en el poder el tiempo previsto constitucionalmente, resultando, la mayoría de sus gobernantes, exiliados o muertos. En 1902 se publicaba una carta al editor del *Washington Post* con el título “Republic’s Duty in Haiti”, en el cual se hacía un llamado a intervenir en Haití basándose en los fundamentos humanistas de la Doctrina Monroe. Por supuesto, sin olvidar añadir en el argumento la amenaza que representaba la ‘revolución’ existente en Haití para el comercio estadounidense²⁸.

²⁵ MINTZ, S. 1974, pág. 60. Citado en FARMER, P. 2002, pág. 79.

²⁶ TROUILLOT, M. 1986, pág. 89. Citado en FARMER, P. 2002, pág. 89.

²⁷ CASIMIR, J. 1980, pág. 125.

²⁸ “Republic’s Duty in Haiti”. En el *Washington Post*, 15 de septiembre de 1902. Carta dirigida al editor por Stewart M. Lewis.

Este tipo de cartas y escritos periodísticos eran muy comunes para entonces, debido al periodo de redefinición de la política exterior que estaba viviendo Estados Unidos. Desde finales del siglo XIX, y una vez terminada la conquista de los territorios del oeste, Estados Unidos se enfrentaba a la ‘inevitable’ responsabilidad de asegurar las rutas marítimas y por ende las nuevas fronteras que podían dar paso a los enemigos de la nación. Para entonces, navíos alemanes, británicos y franceses rondaban las costas haitianas poniendo supuestamente en riesgo la estabilidad comercial estadounidense, cuestión que ‘obligaba’ al gobierno norteamericano a proteger sus ‘nuevas’ fronteras. Alfred Thayer Mahan decía para la última década del siglo XIX: “Quieran o no, los norteamericanos tendrán que empezar a mirar al exterior”²⁹. Ese exterior, primordialmente, era el continente americano, y más cercano aún, el Caribe. En 1898 Estados Unidos interviene en la guerra hispanoamericana logrando obtener a través del Tratado de París los últimos bastiones del Imperio español. Cuba, las Islas Filipinas y Puerto Rico pasan a tener una relación de subordinación política ante el gobierno estadounidense a través de distintas formas de dominación colonial. Para 1903 obtenía el gobierno estadounidense el permiso para concluir la construcción y operar el Canal de Panamá. En ese momento Haití era un territorio imaginado como una república negra, supersticiosa, anárquica, sin imperio de la ley y el orden, pero a su vez, un territorio indispensable para garantizar el acceso más rápido al Canal de Panamá a través del Pasaje del Viento (Brown 1923, 148). Este pasaje es compartido entre la costa este de Cuba y la costa haitiana. A través de la Enmienda Platt Estados Unidos había conseguido el control de las aduanas y costas cubanas, además de la potestad de favorecer a gobernantes aliados. La vecina República Dominicana se encontraba relacionada a los Estados Unidos bajo un convenio de protectorado desde 1907, teniendo la Marina la autoridad sobre el control de las aduanas dominicanas. Sin embargo, a diferencia del posterior tratado con Haití, los Marines tenían que entregar al gobierno dominicano los recaudos de las aduanas, cuestión que según el gobierno estadounidense fomentaba la corrupción y el despilfarro.

La crisis política y social haitiana se agudizó a principios del siglo XX cuando la deuda contraída con el exterior se disparó llegando a la cantidad de “133,156,580 francos (22.5 millones de dólares)”³⁰. Finalmente, en los diez años anteriores a la invasión, los últimos seis presidentes habían sido asesinados en el poder, o retirados por un golpe de estado y asesinados posteriormente.

Tras una serie de debates internos en el Congreso de los Estados Unidos, así como en la prensa escrita, en los que se sostenía la amenaza que un estado ‘anárquico’ representaba para los intereses comerciales estadounidenses y la seguridad en la ruta marítima del Caribe y el Canal de Panamá, el presidente Wilson decide invadir Haití el 28 de julio de 1915.

CONSTRUYENDO HAITÍ: EL RELATO DE LA OCUPACIÓN DESDE AMBAS MIRADAS

En 1915 la Marina de Guerra de los Estados Unidos desembarca en Puerto Príncipe obteniendo en un par de días el control de las ciudades importantes del país y estableciendo un control militar de sus aduanas que duraría hasta la retirada en 1934. Al momento de la invasión Haití vivía una seria crisis política que se había agudizado con el golpe de estado al general Vilbrun Guillaume Sam dirigido por el doctor Rosalvo Bobo. El primer objetivo de la estrategia militar fue obtener el control de los puertos marítimos, controlar el comercio, proteger los ingresos de los aranceles, tomar el control

²⁹ Citado en: TUCHMAN, B. 2007, pág. 68.

³⁰ *Op. Cit.*, pág. 9.

de Puerto Príncipe e imponer la paz. Establecen el Convenio haitiano-estadounidense en 1916, y redactan una nueva Constitución para Haití en 1918.

Desde entonces comienza el desarrollo de la ocupación militar estadounidense en Haití, las relaciones militares estrechas entre ambos países, el sostenimiento de un gobierno afín a la invasión y a las reformas económicas impuestas por el gobierno extranjero, y finalmente el desarrollo de una resistencia popular que se volcó hacia la violencia como medio de supervivencia. Allí permanecieron hasta 1934. Para unos su método coercitivo logró importantes avances en la economía, la escolarización, la sanidad pública, la educación y la pacificación, así como el establecimiento de las bases para la civilización de la sociedad haitiana (Weatherly 1926); para otros, su mérito fue permanecer diecinueve años manteniendo una ocupación “sin precedentes en cuanto a la duración, el trato racista con el que se caracterizaba el comportamiento estadounidense en la república negra y la brutalidad asociada con los intentos de pacificación”³¹.

LA OCUPACIÓN DESDE LA MIRADA ESTADOUNIDENSE Y LA OTRA VERSIÓN

Si queremos estudiar cómo entendían los estadounidenses los acontecimientos en la cercana isla de Haití se hace sumamente relevante preguntarnos cómo la prensa escrita ‘construía al haitiano’ y lo ‘transmitía’ a la opinión pública. Vale la pena presentar la siguiente cita:

“Por mucho que les repugnara estos acontecimientos en la isla, América permanecía fascinada. La prensa popular obsequiaba a sus lectores con historias de terribles atrocidades... Santo Domingo adquirió la fama de espantoso volcán de violencia, a punto de estallar en cualquier momento. Una revolución negra ya era bastante malo por sí sola, pero esto era una pesadilla de nunca acabar. Lo peor de todo era que los negros tenían éxito, y por primera vez los americanos podían ver qué aspecto tenía una comunidad puesta patas arriba”³².

Por ser esclavos los haitianos no podían ser comparados con los grandes libertadores de las clases criollas latinoamericanas, ni con los grandes revolucionarios burgueses en París. Eran simple y sencillamente unos negros revoltosos que habían destruido el patrimonio construido por los europeos en la isla, que habían quemado con sus propias manos sus medios de ‘desarrollo económico’, que habían optado por la anarquía porque no conocían otro modo de organizarse políticamente. Por tanto, estaban destinados a ser pensados por los demás, a ser estudiados, mirados, y por último, ‘rehabilitados y controlados’ (Dash 1997).

Inmediatamente después de la invasión se hacía necesario rehabilitar el pueblo haitiano a través de la represión a los opositores de la ocupación, así como a los que estaban levantados en armas debido a la violencia existente en el país. Pero sobre todo, urgía controlar los centros de poder haitianos para poder emprender con mayor ‘legitimidad’ las reformas económicas y constitucionales. Según Ulysses G. Weatherly, “cuando un estado fuerte asume un protectorado sobre un estado débil [...] la reconstrucción social no es precisamente lo que más interesa, sino más bien es el elemento militar el que domina la situación”³³. Así, a sólo días de la invasión, se convocaron a los diputados haitianos en el Congreso, notificándoles que los intereses estadounidenses eran mantener la estabilidad del país y controlar las aduanas para garantizar los pagos de las deudas extranjeras. Se dejó claro que no habían intereses territoriales de por medio y que el parlamento debía convocar elecciones lo antes

³¹ PLUMMER, B. 1992. *Haiti and the United States: The Psychological Moment*. Atenas: University of Georgia Press. Citada en D’AGOSTINO, T. & R. HILLMAN, (eds.) 2003, pp. 72-73.

³² JORDAN, W. 1974, pág. 147. Citado en FARMER, P. 2002, pp. 80-81.

³³ WEATHERLY, U. 1926, pág. 353.

posible. Surgieron entonces dos candidatos. El primero, el conservador Sudre Dartiguenave, y el segundo, Rosalvo Bobo, líder del golpe de estado al gobierno anterior, que en un principio gozaba con el apoyo estadounidense por haber demostrado su deseo de colaborar y su lealtad³⁴. Sin embargo, Estados Unidos le retiró su apoyo por entender que estaba aliado al gobierno alemán debido a que durante las revueltas previas a la invasión había estado refugiado en la embajada alemana. A medida que se acercaba el proceso electoral el discurso estadounidense respecto a la figura del Dr. Bobo se radicalizaba. En palabras del capitán Edward L. Beach, “era un idealista ‘totalmente inadecuado’ para ser presidente de Haití”³⁵.

Finalmente, dado que el apoyo popular parecía estar volcado hacia el Dr. Bobo, el gobierno estadounidense decide que el ejército debe tomar el control del parlamento para garantizar la transparencia del proceso. El 12 de agosto de 1915 un titular del *New York Times* decía: “Haiti Election Today Under Our Auspices”³⁶. En esta nota de prensa lo primero que se indica es que el Parlamento haitiano ha sido disuelto y que se ha constituido una Asamblea Constituyente que tendrá la misión de escoger el nuevo presidente de la República. También el capitán Beach les deja claro que no tienen intereses territoriales en la isla. No obstante, dos días después se presentaba al cuerpo legislativo haitiano un proyecto de convenio que permitiría a los estadounidenses mantener el control militar y comercial de la isla por los próximos diez años (Castor 1971). Dos semanas después la prensa en Estados Unidos habla de la ‘inevitable’ solución al problema haitiano a través del establecimiento de un protectorado³⁷, e incluso llegan cartas dirigidas al editor del *New York Times* de empresarios con intereses vitales en Haití, quienes afirman que es indispensable un acuerdo para ejercer un protectorado sobre la isla, así como la potestad de mantener la paz y el orden, como mínimo de diez años³⁸. Finalmente y ante la fuerte oposición haitiana –incluso tratándose de un presidente respaldado por Estados Unidos–, el general Caperton invoca la ley marcial y se impone la fuerza militar en el parlamento hasta que el convenio es aprobado por la legislatura haitiana³⁹.

Una vez aprobado el Convenio haitiano-estadounidense en el Parlamento haitiano, y antes de ser ratificado en el Senado de Estados Unidos, los altos mandos militares en Haití comienzan a hacerlo efectivo. Sin embargo, no fue hasta el 28 de febrero de 1916 que fue ratificado por el Senado. En palabras de Suzy Castor el convenio es definido como “la Carta Magna del régimen de ocupación. Abarcaba todo

³⁴ “Haiti’s Senate Ask Pledge of Integrity”. En el *New York Times*, 8 de agosto de 1915.

³⁵ SCHMIDT, H. 1968, pág. 84. Citado en CASTOR, S. 1971, pág. 42.

³⁶ “Haiti Election Today Under Our Auspices”. En el *New York Times*, 12 de agosto de 1915. Merece la pena fijarnos en el significado que podía tener para el imaginario estadounidense este tipo de titular. El hecho de que a tan sólo dos semanas de invadir un país en estado de ‘anarquía total’ y estar a punto de llevar a cabo la elección del presidente bajo ‘sus’ auspicios, bajo ‘su’ protección militar, refleja por un lado la idea de la ‘pesada carga del hombre blanco’ que acude en ayuda de los más bárbaros para civilizarlos (lo que no han podido hacer en 100 años de independencia lo hacen ahora en dos semanas), y por otro lado, el desconocimiento absoluto de la realidad haitiana que era mucho más compleja a las afueras de la capital y que no se resolvía con la elección de un presidente.

³⁷ “Haiti”. En el *New York Times*, 27 de agosto de 1915.

³⁸ “Capital Interest in Haiti”. En el *New York Times*, 27 de agosto de 1915. Carta dirigida al editor por Bernard Naumburg.

³⁹ “Haiti is Put Under Martial Law by Proclamation of American Admiral”. En el *New York Times*, 4 de septiembre de 1915. Es importante destacar del contenido de esta noticia el hincapié que hace sobre la incapacidad del gobierno haitiano de preservar la paz y funcionar normalmente, así como el hecho de que el general Caperton actúa bajo la potestad que le confiere la ley (de Estados Unidos) de hacer todo lo que sea necesario para mantener la paz. Es evidente que Haití dejó de ser un estado soberano para ser recolonizado por Estados Unidos al estar sometido bajo la ley estadounidense y bajo el mandato del general Caperton.

el conjunto de relaciones entre ocupantes y ocupados; entre el Departamento de Estado y el gobierno fantoche de Dartiguenave”⁴⁰. Resulta interesante que el primer artículo del tratado, el que precisamente enfatizaba en las relaciones de amistad y cooperación entre ambas naciones, fuese el último en introducirse, siendo los siguientes seis artículos dedicados a la ocupación de las aduanas. Además, mientras que las obligaciones haitianas estaban delimitadas, las estadounidenses resultaban ambiguas e ilimitadas en sus alcances (Castor 1971, 47).

No obstante, es importante relatar esto haciendo también referencia a la resistencia, tanto política como armada, que surgió en Haití ante las políticas arbitrarias estadounidenses. En primer lugar, ante la implementación del convenio y más adelante ante la presentación del proyecto de Constitución. Durante el tiempo transcurrido el presidente Dartiguenave había disuelto la cámara de diputados y convocado una Asamblea Constituyente de veintiún miembros para redactar supuestamente el proyecto de la nueva Constitución haitiana. Sin embargo, cuando el Senado también se opuso a las pretensiones del presidente, éste lo disolvió y convocó elecciones apoyadas y protegidas por los *marines*. Entonces la llamada “Cámara de la Restauración” también se opuso a las “sugerencias obligatorias” estadounidenses provocando que los militares optaran por llevar a referéndum la votación de los 134 artículos de la Constitución (Castor 1971, 51). Estos sucesos nos llevan a preguntarnos lo siguiente: si ambas cámaras fueron disueltas y la Asamblea Constituyente fue inhabilitada de su responsabilidad, entonces, ¿quién redactó la Constitución haitiana de 1918?

En 1917, el general de la marina de los Estados Unidos, George Barnett, visitó la isla con Franklin D. Roosevelt quien era por entonces el subsecretario de la Marina. Según el diario *Washington Post* lo que allí vieron fue el ejemplo del cambio, la limpieza, el orden, y los buenos resultados de la administración de la Marina de guerra –Todo eso vieron, incluso en un periodo en el que el Parlamento haitiano había sido disuelto, los militares habían interrumpido las sesiones de debates para acallar las protestas de los opositores de la ocupación, y se seguía librando la guerra contra los *cacos* a las afueras de Puerto Príncipe. En el artículo periodístico en cuestión, el cual se titula “What Uncle Sam’s Marines Have Done For Haiti”, aparece la siguiente cita al Reverendo del ejército de Estados Unidos Charles Blayney Colmore, quien servía como obispo para Haití y Puerto Rico: “Los soldados estadounidenses literalmente le han enseñado a los haitianos a vivir decentemente”⁴¹. Al parecer, a raíz de su visita, fue Roosevelt quien redactó la Constitución de Haití⁴².

La nueva Constitución proveía a los extranjeros el derecho a tener propiedad privada y eliminaba la facultad de la Asamblea Nacional de realizar revisiones constitucionales, imponiendo el plebiscito como único mecanismo de revisión. Por último, tenía un artículo especial en el que disponía que “todos los actos del gobierno de Estados Unidos durante su ocupación militar en Haití son ratificados y válidos” (Castor 1971, 52).

El más alto cargo de las fuerzas militares estadounidenses en Haití era el almirante Caperton, quien respondía directamente a las órdenes del Secretario de Estado Robert Lansing. Caperton fue quien impuso la ley marcial en 1915 y todavía para 1919 seguía operando bajo los poderes que el ‘estado de excepción’ le confería. A pesar de la apariencia de orden y control absoluto del país, lo cierto es que la resistencia haitiana no daba tregua a los ocupantes. Las luchas a las afueras de Puerto Príncipe dirigidas por los

⁴⁰ *Op. Cit.*, pág. 47.

⁴¹ “What Uncle Sam’s Marines Have Done For Haiti”. En el *Washington Post*, 4 de marzo de 1917.

⁴² Para las elecciones de 1920 Roosevelt declaró que él mismo había administrado dos pequeñas Repúblicas y había redactado la Constitución de Haití. Cita en: CASTOR, S. 1971, pág. 50.

cacos y la violencia urbana provocada por la fuerte crisis económica que afectaba a las poblaciones pobres de las urbes hicieron que comenzara a cuestionarse la capacidad del ejército estadounidense para mantener el orden y garantizar las vidas de sus soldados. Es por esto que ya para la década de los años veinte la misión en Haití veía reducir sus tropas, a la vez que la gendarmería iba creciendo en número y en poder.

Los miembros de la gendarmería estaban protegidos por lo dispuesto en el artículo especial de la Constitución que estipulaba: “Ningún haitiano podrá ser sujeto de persecución civil o en lo criminal por actos ejecutados siguiendo órdenes recibidas durante la ocupación o bajo su autoridad”. Este cuerpo policial aumentó de 2,795 miembros a 3,000 en un periodo de tres años y disponía del quince por ciento del presupuesto nacional para pagar sus salarios (Castor 1971). Merece la pena destacar que para entonces –al igual que muchas décadas después– Estados Unidos optó por no romper con las estructuras claves del estado⁴³, entiéndase el ejército, debido a que la ‘re-capacitación’ de este cuerpo es fundamental para el mantenimiento de la estabilidad necesaria en el país⁴⁴. Es por esto que la gendarmería, a pesar de estar formada por miembros ‘locales’ y financiada por las arcas nacionales, funcionaba como un cuerpo independiente del estado y estaba a las órdenes de los altos militares estadounidenses desplegados en Haití (Castor 1971). La gendarmería no sólo sirvió para ‘erradicar’ la violencia urbana y proteger la vida de los civiles ‘inocentes’, sino que también bajo su control se retomó en Haití un tipo de trabajo forzado similar a la esclavitud y que sirvió para construir las infraestructuras que ‘demostraban’ los beneficios de la ocupación.

Esta práctica, conocida como *corvée*, se basaba en la organización de brigadas de campesinos y trabajadores pobres de la ciudad que por ciertos periodos al año estaban obligados a trabajar en la construcción de infraestructura sin recibir ningún sueldo a cambio. Para poder entender esta manifestación de poder colonial es necesario citar a Césaire cuando nos dice: “Entre el colonizador y el colonizado sólo hay lugar para el trabajo forzoso, para la intimidación, para la presión, para la policía, para el tributo, para el robo, para la violación, para la cultura impuesta, para el desprecio, para la desconfianza, para la morgue, para la presunción, para la grosería, para las elites descerebradas, para las masas envilecidas”⁴⁵. Los trabajos forzados fueron tan brutales y violentos que incluso sin haberse retirado de Haití altos oficiales estadounidenses reconocieron las atrocidades de la gendarmería⁴⁶. Sin embargo, a pesar de las ‘confesiones’ de estos oficiales estadounidenses, los efectos de la ocupación sobre el militarismo en Haití fueron devastadores, fortalecieron “la vieja tradición haitiana del militarismo y de la satrapía”⁴⁷ y dieron paso al desarrollo de una respuesta ideológica que terminaría por sumir el país en la dictadura más violenta de la historia haitiana.

LA RESPUESTA IDEOLÓGICA: CONSECUENCIAS DEL COLONIALISMO

Ante la ‘crisis’ suscitada por la fuerte resistencia armada durante la década del veinte, hay quienes afirmaban lo siguiente: “Independientemente de los méritos de la pregunta inicial, muy pocas de las personas que entienden la situación actual [en Haití] creen que Estados Unidos puede inmediatamente e incondicionalmente retirarse de Haití sin provocar las mismas situaciones indeseables que llevaron a la ocupación [...] Ahora

⁴³ SNYDER, R. 1992.

⁴⁴ Véase en SLEIK, C. 1928, pág. 671. Cita del Informe del almirante Knapp: “Nosotros hemos ayudado a Haití. La anarquía ha sido remplazada por el orden, y éste ha sido mantenido”.

⁴⁵ *Op. Cit.*, pág. 20.

⁴⁶ MILLSPAUGH, A. 1931, pág. 88. Citado en CASTOR, S. 1971, pág. 56.

⁴⁷ *Íbidem*, pág. 57.

que el periodo militar ha pasado, lo que queda es determinar si se podrá construir un sistema política y culturalmente estable dentro de este estado hasta ahora distraído por la revolución y la anarquía crónica”⁴⁸. Muy similar a la actualidad en Irak y Afganistán, para la década de 1920 Haití era un tema que propiciaba debate: ¿Retirarse o seguir hasta el final? Se hacía difícil suprimir en su totalidad a la oposición, pero más difícil aún controlar a los propios soldados estadounidenses. Aún para aquellos tiempos, sin medios de comunicación digital, la prensa lograba obtener y difundir información relacionada a los comportamientos inmorales de los soldados destacados en Haití. En 1922 un titular del New York Times decía: “Demand Americans Quit Haiti At Once”. En este artículo se plasmaban las demandas hechas por la Asociación de Política Exterior y la Liga del Gobierno Popular referentes a la ilegalidad de la ocupación en Haití y a las atrocidades llevadas a cabo por los soldados estadounidenses bajo un régimen ilegal. Además, los abogados firmantes enfatizaban en la necesidad de investigar a ciertos empresarios estadounidenses que habían incurrido en posibles actos de corrupción y sobornos para lograr que se incorporaran los derechos de propiedad privada y tenencia de tierras por parte de los extranjeros en la Constitución haitiana de 1916. Finalmente, hacen hincapié en la estrecha relación entre la corrupción y el fraude de estas compañías con los actos de violencia registrado en localidades a las afueras de Puerto Príncipe⁴⁹. Ante las duras críticas por la violencia sistemática de las autoridades estadounidenses, merece la pena citar nuevamente a Césaire cuando nos dice:

“... la colonización, repito, deshumaniza al hombre incluso más civilizado; que la acción colonial, la empresa colonial, la conquista colonial, fundada sobre el desprecio del hombre nativo y justificada por este desprecio, tiende inevitablemente a modificar a aquel que la emprende; que el colonizador, al habituarse a ver en el otro a la bestia, al ejercitarse en tratarlo como bestia, para calmar su conciencia, tiende objetivamente a transformarse él mismo en bestia”⁵⁰.

La presión que habían ejercido las fuerzas estadounidenses en la isla, junto con la gendarmería haitiana, llevaron a un estallido de violencia y crisis social que ya en 1929 obligaba a una pronta transferencia del control político a los haitianos. El entonces presidente de Estados Unidos, Herbert C. Hoover, nombró una comisión que se encargaría de estudiar la realidad política, económica y social de la isla y cuán ciertos eran los alegatos de que una fuerte oposición estaba presionando para la salida de los administradores estadounidenses y del gobierno de Louis Borno (Spector 1985). La Comisión Forbes llegó a la isla en febrero de 1930 cuando los cimientos de un gobierno clientelar, apoyado por el General John Russell, comenzaban a tambalear tras las acusaciones de que el entonces presidente de Haití, Louis Borno, tenía planificado hacer un traspaso de poder en vez de unas elecciones “democráticas” (Schmidt 1995). Según Donald Cooper esta comisión “marcaba el punto de inflexión definitivo de las relaciones haitiano-americanas. Era el principio del fin de la ocupación”⁵¹.

Los reclamos de la retirada militar de Haití no sólo surgían en la sociedad estadounidense, sino también desde otros países americanos. En 1930 el New York Times publicaba una nota sobre el periódico argentino *La Prensa*, que exigía la retirada inmediata de Haití y la devolución de sus poderes soberanos al parlamento haitiano. Los editores de *La Prensa* llevaban tiempo publicando notas sobre las atrocidades cometidas por los militares estadounidenses en Haití, así como desmitificando los supuestos avances sociales en el país. En la nota citada enfatizaban en la posibilidad de que la

⁴⁸ *Op. Cit.* Pág. 355.

⁴⁹ “Demand Americans Quit Haiti At Once”. En el *New York Times*, 28 de abril de 1922. En relación a las compañías fraudulentas léase PLUMMER, B. 1984.

⁵⁰ *Op. Cit.*, pág. 19.

⁵¹ COOPER, D. 1963, pág. 94.

Comisión investigadora, nombrada por el Presidente Hoover, demostrara que ningún objetivo de la ocupación había sido alcanzado, por lo que para los haitianos sería mejor una retirada inmediata de los estadounidenses⁵². Aunque no fue tan lejos como la prensa internacional y los mismos críticos estadounidenses hubieran querido, al menos la comisión encontró que la ocupación de Estados Unidos, así como el gobierno de Borno, eran rechazados sistemática y mayoritariamente por la población haitiana.

Este rechazo al vasallaje de Borno provocó el aumento del apoyo popular a los movimientos nacionalistas que habían ido surgiendo durante los años veinte. Como hemos visto, la lucha contra los cacos fue inclemente y dejó un saldo de miles de muertos. De igual forma, el acallamiento a través de la represión de quienes intentaron llevar a cabo una resistencia pacífica dejó otras tantas víctimas haitianas (Castor 1971).

Sin embargo, a pesar de que la violencia y la resistencia estuvieron presentes durante los diecinueve años de ocupación, hubo un periodo que fue mayormente marcado por la resistencia ideológica. Durante esa última década de la ocupación había surgido en Haití una resistencia ideológica que partía de exaltación del negro haitiano sobre la barbarie ‘natural’ mestiza y blanca. Este movimiento de librepensadores, que se dieron a conocer como el Movimiento etnológico, sirvió de inspiración para los tres grandes movimientos de protesta de la década del treinta: el *noirisme*, el marxismo y el socialismo tecnocrático (Nicholls 1974). Entre los grupos de librepensadores surgidos del movimiento etnológico se encuentra el formado por Louis Diaquoi, Lorimer Denis y Francois Duvalier, quienes se hicieron llamar como el grupo *Trois D's*. Para 1932 Louis Diaquoi formó el grupo *Griots* en el que participaron poetas e intelectuales que reivindicaban la negritud y las raíces africanas. De hecho, *Griot* significa poeta, es el nombre que se le da al cuentacuentos, a personajes que envuelven cierto misticismo (Nicholls 1974). Tras la prematura muerte de Diaquoi, Duvalier y Denis comenzaron a escribir en relación a las relaciones de dominación entre el mestizo y el negro. Su postura fue basada en el determinismo biológico y argumentaron sobre la imposibilidad del entendimiento entre mestizos/blancos y negros basados en que la psicología del negro era ‘distinta’. A quienes escribieron desde esta perspectiva se les conoció como los escritores *noiriste* (Nicholls 1974). Aunque desproporcionados y tergiversadores de la realidad, estos argumentos calaron hondo en los nacionalistas antiamericanos que para esta ‘segunda fase’ de la ocupación ostentaban el apoyo de las masas populares.

Tanto fue así que en las elecciones del 14 de octubre de 1930 salieron electos cuarentainueve diputados nacionalistas y sólo dos cooperacionistas (Castor 1971). Pero la elección del presidente estaba en manos de los diputados y amenazaba con estar viciada por los deseos de la elite. Había siete candidatos para ocupar la silla presidencial. Cargo que no sería fácil de ejecutar teniendo en mente que se hacía urgente la elaboración de un plan de retirada de los estadounidenses así como uno de reconstrucción social post-ocupación. Precisamente entre los candidatos más destacados se encontraban dos intelectuales negros provenientes de la clase media y propulsores del nacionalismo de la década del veinte, el doctor Jean Price Mars y Horace Pauléus Sannon. No obstante, no fueron éstos los más favorecidos sino otros nacionalistas de mayor prestigio dentro de la burguesía (Castor 1971). Finalmente, el también nacionalista Sténio Vincent se impuso con el favor de treinta diputados. A pesar de las celebraciones momentáneas y las apariencias de cambio y unidad, “la victoria nacionalista no implicaba ningún cambio social que hubiese acarreado una nueva clase al poder. Los elegidos eran los mismos miembros de la elite política tradicional,

⁵² “Free Haiti is Urged by Argentine Paper”. En el *New York Times*, 11 de marzo de 1930.

representantes de la burguesía, de la clase feudal y de la intelectualidad en busca de la fortuna rápida”⁵³.

Finalmente, en 1934 el ejército de Estados Unidos se retira totalmente de Haití. El fin de esta ocupación no es un caso aislado ya que durante toda la década Estados Unidos estará retirando sus tropas de otros países latinoamericanos como Nicaragua y República Dominicana. Pronto comenzaría la era de la ‘buena vecindad’ y otras lógicas con mismos propósitos vendrán a dirigir las relaciones de poder entre Haití y Estados Unidos.

Haití quedó con algunas nuevas infraestructuras, pero con similares problemáticas sociales al momento de la invasión. Sin embargo, mayor aún fue el impacto que dejó la ocupación sobre el movimiento nacionalista creciente en el país. Movimiento que desde sus inicios reivindicaba la superioridad negra basándose en el biodeterminismo. Cometiendo así el grave error de mirarse a través del otro colonizador. Como dice Fanon: “el que adora a los negros está tan <<enfermo>> como el que los abomina”⁵⁴. Ante la subordinación y la *colonialidad del ser* se hace difícil lograr lo que debería ser la verdadera reivindicación negra, romper con el círculo vicioso del narcisismo. Merece la pena citar nuevamente a Fanon: “Es un hecho: los blancos se consideran superiores a los negros. Es también un hecho: los negros quieren demostrar a los blancos, cueste lo que cueste, la riqueza de sus pensamientos, la potencia igual de su mente”⁵⁵. Otro de los fallos que se pueden observar del movimiento nacionalista fue la postura binaria que tomaron ante los valores entendidos como ‘universales’. Ante la ‘tradicional’ traición de los líderes mestizos y sus gobiernos autoritarios disfrazados de democracias representativas, la respuesta de estos pensadores, entre ellos Diaquoi, fue abogar por la necesidad de una fuerte dictadura negra y popular (Nicholls 1974). No todas las propuestas desarrolladas se basaron en la dicotomía blanco/negro, pero sí fueron reivindicativas de lo esencialmente haitiano, como por ejemplo, la reapropiación del vudú como práctica religiosa nacional y el alejamiento de la iglesia católica del sistema de enseñanza. Tal vez no podemos decir que lo infame de la dictadura de Duvalier fuera una causa directa de la ocupación, pero sí podemos pensar que la ideología de resistencia de la que él participó sirvió de base para el intento de un modelo ‘alternativo’ de estado, el cual terminó siendo una dictadura fascista al estilo europeo aunque con matices propios del sincretismo religioso haitiano.

CONCLUSIONES: APUNTES PARA DECOLONIZAR EL ESTUDIO DE HAITÍ

Con este escrito hemos intentado reflexionar sobre la ocupación estadounidense en Haití desde el impacto del discurso colonial sobre el relato histórico. Es probable que el desarrollo del trabajo nos haya llevado a centrarnos en un relato histórico más que político, sin embargo, a modo de concluir merece la pena recapitular los conceptos teóricos a través de los cuales analizamos el periodo de la ocupación. Los conceptos a través de los cuales este relato histórico fue redactado son, en primer lugar, *la construcción del ser colonizador y la pesada carga del hombre blanco* según plasmado por Aimé Césaire en *Discurso sobre el colonialismo*. Si pensamos en la ocupación vemos cómo el ser colonizador se construye así mismo como un ser civilizatorio capaz de llevar la paz y seguridad a los lugares más desconocidos y anárquicos. Esto representa una responsabilidad, pues en últimas, si se defiende una causa económica,

⁵³ *Op. Cit.*, pág. 178.

⁵⁴ FANON, F. 2009, pág. 42.

⁵⁵ *Íbidem*.

política o moral, es porque la protección del desarrollo alcanzado por su país (Estados Unidos) merece la exportación del modelo occidental a donde sea necesario.

En segundo lugar, tenemos el concepto de *estereotipo* presentado por Homi Bhabha en *El lugar de la cultura*. Como hemos visto, el estereotipo del negro anárquico e incapaz de organizarse políticamente fue difundido en la prensa estadounidense antes y durante la ocupación, así como también en los artículos académicos presentados. Un ejemplo de esto último es el artículo de Charles E. Chapman, “The Development of the Intervention in Haiti”. Éste deja claro que sus intenciones no son ni argumentar a favor ni protestar por la ocupación, que sólo presentará argumentos ‘objetivos’ para que el lector juzgue. Sin embargo, desarrolla un texto basado en la responsabilidad de la elite haitiana por la crisis política sin presentar las conexiones de estos grupos con grupos de poder en el extranjero (Plummer 1984); sostiene la supuesta amenaza de potencias extranjeras sin presentar datos concretos; y finalmente acude a la estigmatización del haitiano por sus prácticas religiosas vinculadas al vudú y a la superstición que les ‘define’.

En tercer lugar, nuestro análisis histórico de la ocupación intentó guiarse por la mirada de la dicotomía ellos/nosotros expuesta por Edward Said en *Orientalismo*, aunque en menor medida debido a la falta de fuentes –como periódicos haitianos, por ejemplo– para poder identificar esta clase de discursos la época de la ocupación. En cuarto lugar, el concepto *colonialidad del ser* desarrollado actualmente por Nelson Maldonado-Torres. A pesar de que el concepto de la *colonialidad del ser* pensado como resultado de la *colonialidad del poder y del saber* podría ser más adecuado para estudiar el periodo post-ocupación, entendimos que es relevante para analizar el rol jugado por la gendarmería. En situaciones ‘excepcionales’ nunca es fácil comprender el por qué un grupo de personas puede estar dispuesta a violentar a sus conciudadanos. Es probable que existan razones económicas y/o racionales de fondo dado la situación de precariedad generada por la crisis, sin embargo, la violencia no era únicamente ejercida por los necesitados y no es inherente al pobre. En ese sentido, la *colonialidad del ser* juega un rol importante al haber constituido al *otro*, primeramente como un *no-ser*, y finalmente, como un *ser colonizador*. Sólo así el subordinado puede reconfigurar su mente y actuar como el proyecto colonial le requiera.

Para concluir, podemos decir que la experiencia de realizar este relato histórico nos abre un mundo de posibilidades para el estudio de las relaciones de poder entre Estados Unidos y Haití partiendo desde el enfoque del discurso colonial. En específico, nos da luces para el entendimiento de la *colonialidad del ser* en el sujeto haitiano y la explicación a las realidades sociales ocurridas a partir de la ocupación estadounidense de 1915 a 1934.

BIBLIOGRAFÍA

Amin, S. 2009. “Introducción Frantz Fanon en África y Asia”. En Fanon, F. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.

Bhabha, H. 2002. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.

Brown, G. 1923. “Haiti and the United States”. *The Journal of Negro History*, vol. 8, no. 2, pp. 134-152.

Casimir, J. 1980. *La cultura oprimida*. México: Nueva Imagen.

- Castor, S. 1971. *La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias (1915-1934)*. México: Siglo XXI.
- 2003. "Significado histórico de la Revolución de Saint-Domingue". En *OSAL*, año 4 no. 12.
- Castro-Gómez, S. & R. Grosfoguel, (eds.) 2007. *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Césaire, A. 2006. *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Akal.
- Chapman, C. 1927. "The Development of the Intervention of Haiti". *The Hispanic American Historical Review*, vol. 7, no. 3, pp. 299-319.
- Cooper, D. 1963. "The Withdrawal of the United States from Haiti, 1928-1934". *Journal of Inter-American Studies*, vol. 5, no. 1, pp. 83-101.
- D'agostino, T. & R. Hillman, (eds.) 2003. *Understanding the Contemporary Caribbean*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Dash, M. 1997. *Haiti and the United States: National Stereotypes and Literary Imagination*. Gran Bretaña: Macmillan Press.
- Douglas, P. 1927. "The American Occupation of Haiti I". *Political Science Quarterly*, vol. 42, no. 2, pp. 228-258.
- Fanon, F. 2009. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.
- Farmer, P. 1992. *Aids and Accusation: Haiti and the Geography of Blame*. Berkeley: University of California Press.
- 2002. *Haití para qué: usos y abusos de Haití*. Hondarribia: Editorial Hiru.
- Grosfoguel, R. 2009. "Apuntes hacia una metodología fanoniana para la decolonización de las ciencias sociales". En Fanon, F. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.
- 2006. "Actualidad del pensamiento de Césaire: redefinición del sistema-mundo y producción de utopía desde la diferencia colonial". En Césaire, A. *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Akal.
- 2008. "Hacia un Pluriversalismo transmoderno decolonial". En *Tabula Rasa*, no. 9, julio-diciembre, Bogotá.
- 2008. "Transmodernity, border thinking, and global coloniality: Decolonizing political economy and postcolonial studies". En *Revista Crítica de Ciências Sociais*, no. 80.
- Lewis Suggs, H. 2002. "The Response of the African American Press to the United States Occupation of Haiti, 1915-1934". *The Journal of African American History*, vol. 87, pp. 70-82.
- Maldonado-Torres, N. 2007. "On the Coloniality of Being: Contributions to the development of a concept". En *Cultural Studies*, vol. 21, no. 2-3, pp. 240-270.
- 2006. "Aimé Césaire y la crisis del hombre europeo". En Césaire, A. *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Akal.

----- 2009. "Desigualdad y ciencias humanas en Rousseau y Fanon". En Fanon, F. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.

Mignolo, W. 2003. *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Akal.

Nicholls, D. 1974. "Ideology and Political Protest in Haiti, 1930-46". *Journal of Contemporary History*, vol. 9, no. 4, pp. 3-26.

Omar, S. 2008. *Los estudios post-coloniales: una introducción crítica*. Castelló de la Plana: Universitat Jaume I.

Plummer, B. 1984. "The Metropolitan Connection and Semiforeign Elites in Haiti, 1900-1915". *Latin American Research Review*, vol. 19, no. 2, pp. 119-142.

Quijano, A. 1991. "Colonialidad y Modernidad/Racionalidad". En *Perú Indígena*, no. 29, pp. 11-21.

----- 2000. "Coloniality of Power, Ethnocentrism, and Latin America". En *Nepantla*, vol. 1, no. 3, pp. 533-580.

Randall, S. 2003. "The Historical Context". En D'agostino, T. & R. Hillman, (eds.) 2003. *Understanding the Contemporary Caribbean*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.

Said, E. 2004. *Cultura e Imperialismo*. Barcelona: Anagrama.

----- 2008. *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo.

Schmidt, H. 1995. *The United States Occupation of Haiti, 1915-1934*. Rutgers: Rutgers University Press.

Sleik, C. 1928. "Haiti: intervention in operation". En *Foreign Affairs*, vol. 6, no. 4.

Snyder, R. 1992. "Explaining Transitions from Neopatrimonial Dictatorships". En *Comparative Politics*, vol. 24, no. 4, pp. 379-399.

Spector, M. 1985. *W. Cameron Forbes and the Hoover Commissions to Haiti (1930)*, Boston: University Press of America.

Trouillot, M. 1995. *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press.

Tuchman, B. 2007. "La Guerra del 98 y el debate Imperialista". *Claves de Razón Práctica*, no. 176, pp. 68-77.

Weatherly, U. 1926. "Haiti: An Experiment in Pragmatism". *The American Journal of Sociology*, vol. 32, no. 3, pp. 353-366.